

ción rusa que sin duda la pérdida de Finlandia era una desventura para el orgullo de la nación sueca, pero que perdido estaba lo perdido, y que en otra parte se hallaba la indemnización que pretendía. Además había mantenido la orden dada á la marina sueca de rechazar á nuestros corsarios, y protegido sin rebozo á los soldados que en Stralsund maltrataron á los marineros franceses hasta el punto de derramar su sangre.

Mr. Alquier era nuestro ministro en Estokolmo, y como había tenido la desgracia de hallarse en Madrid poco antes de la caída de Carlos IV y en Roma al tiempo de la prisión de Pío VII, se le acusaba muy injustamente de ser dondequiera que aparecía el precursor siniestro de los designios de Napoleón. Todo lo que se le podía echar en cara se reducía á unir á una verdadera rectitud y una notable perspicacia una aspereza peligrosa á veces en ocasiones delicadas. Con éste hubo de explicarse el nuevo príncipe de Suecia sobre los agravios alegados por Francia, y empeñóse entre ellos una conferencia, cuya relación pareciera increíble si Mr. Alquier, que se la comunicó á Napoleón, no hubiera sido un testigo digno de toda confianza. Después de inútiles y poco satisfactorias explicaciones sobre el establecimiento inglés de Gothenburgo, sobre la inobservancia de las principales cláusulas del último tratado y sobre la sangre francesa derramada en Stralsund, el antiguo general Bernadotte preguntó insolentemente cómo era que Francia, á quien tanto había servido y que le era deudora de tan grandes obligaciones, se portaba tan mal respecto de su persona, hasta el extremo de que en Constantinopla, en Stralsund y hasta en Estokolmo tenía que lamentarse de los malos procederes de sus agentes. Al escuchar Mr. Alquier estas palabras, dando apenas crédito á sus oídos, respondió al nuevo sueco, que se quejaba de la ingratitud de Francia, que si Francia le debía obligaciones, muy bien se las había pagado elevándole al trono de Suecia.

Indudablemente, si hubiera sido posible adivinar lo porvenir en aquel momento, conviniere contemplar tan insensato orgullo, pero ya se comprende la indignación del ministro de Francia, porque hay cosas que no se deben aguantar aun á riesgo de perder al punto la vida. Prosiguiendo esta conferencia, el príncipe advenedizo se espació en prodigiosas jactancias, trajo á la memoria todas las batallas á las cuales había asistido, y pretendió, como tenía de costumbre con sus familiares, que se le debía la victoria de Austerlitz, en la cual no quemó un solo cartucho; la de Friedland, donde no estuvo; la de Wagram, donde siguió la derrota de sus soldados. Luego dijo que en París se le tenía mala voluntad, y lo sabía muy de cierto; pero que no se le derribaría del trono; que en Suecia tenía un pueblo denodado que le sería fiel hasta la muerte; que recientemente este pueblo había querido desenganchar sus caballos y tirar de su coche, por lo cual estuvo á pique de desmayarse de emoción; que los soldados suecos al verle se poseían de entusiasmo; que acababa de pasarlos revista y eran hombres soberbios, colosos; que con ellos no necesitaba disparar un tiro; que con sólo decirles: *Adelante, marchen*, arrollarían á cualquier enemigo que fuese, y que á sus órdenes serían lo que en Wagram los sajones, es decir, los primeros soldados del ejército francés. «¡Ah! Eso es demasiado, exclamó Mr. Alquier sin poder con-

tenerse; si esos colosos son opuestos alguna vez á nuestros soldados, ya les harán el honor de disparar tiros, pues no bastará que se presenten para romper las filas de tropas francesas.» Bernadotte, en un estado de exaltación febril, repuso entonces á gritos, como un loco, que era soberano de un país independiente, que no se le envilecería, y que antes moriría que lo sufriera. Y habiendo entrado casualmente su hijo, todavía niño, en el gabinete donde se celebraba esta conferencia, le tomó en sus brazos, diciéndole: «¿No es verdad, hijo mío, que harás como tu padre, y que morirás antes de dejarte envilecer?..» Después, no sabiendo cómo salir de esta escena ridícula, deseando en el fondo de su corazón que permaneciera secreta, llevó no obstante la fanfarronería hasta decir á Mr. Alquier. «Os ruego que comunicéis á Napoleón todo lo que acabáis de ver y oír.» «¿Lo queréis así?, respondió Mr. Alquier; pues bien, se cumplirá vuestro deseo.» Y se retiró sin añadir palabra. En boca de un personaje tan poco veraz como el príncipe real, sus últimas palabras significaban: no digáis nada de lo que habéis oído. Pero Mr. Alquier, que hubiera sido más útil á su soberano omitiendo esta escena, no se atrevió á faltar al estricto deber de su cargo, y lo comunicó á París todo (1). Napoleón, que no preveía entonces los crueles castigos que le reservaba la Providencia, que no preveía cómo para más humillarle haría partir de abajo los golpes que le herirían muy en breve, se sonrió de lástima al leer esta relación peligrosa; se dijo que había comprendido bien este corazón devorado por la envidia, considerándole desde mucho antes capaz de las más negras traiciones, y no quiso responder sino con alto desdén á tan ridículos arrebatos. Ordenó á Mr. Alquier que abandonase á Estokolmo sin decir nada, sin despedirse del príncipe real, y que se dirigiera á Copenhague. Comisionó á Mr. de Cabre, secretario de la legación, para encargarse de los negocios, intimándole que nunca visitara al príncipe real y no tener relaciones más que con los ministros suecos y sólo para los negocios indispensables de su cargo. Hizo saber al ministro de Suecia en París que si no se daba satisfacción, especialmente por el asunto de Stralsund, se tendría por nulo el tratado de paz con Suecia y se restablecerían las relaciones como en tiempo de Gustavo IV, esto es, bajo pie de guerra. Esto equivalía á anunciar desde luego la suerte de la Pomerania sueca.

Aún tuvo Napoleón órdenes que expedir durante este viaje sobre los asuntos religiosos.

La diputación de prelados y cardenales enviada á Savona halló á Pío VII dulce y benévolo como de costumbre, aunque agitado por la gravedad de los sucesos, y sin mucho trabajo llegó á persuadirle de que el decreto del concilio era aceptable. Este nuevo decreto, según se debe hacer memoria, obligaba al papa á conferir á los obispos nombrados la institución canónica en el término de medio año, pasado el cual tocaba al metropolitano conferirla. Aunque estas disposiciones vulneraran evidentemente el principio de la institución canónica, del que nadie se cuidaba entonces, por hallarse la generalidad poseída exclusivamente del abuso que un papa, aun siendo excelente, podía hacer de ella,

(1) Escribo estas líneas teniendo el despacho de Mr. Alquier á la vista. (N. del A.)

todos insistieron cerca de Pío VII en que aprobara el decreto del concilio. En cuanto á la gran cuestión de la posesión de Roma y de la situación futura del papado, se le repitió que, zanjada la urgente cuestión de la institución canónica, la otra sería á su vez resuelta, y probablemente de una manera satisfactoria. Pío VII, á quien el recurso del concilio á su autoridad hacía grande efecto, por considerarlo como un reconocimiento implícito de los derechos de la Santa Sede, rindióse á las instancias de la diputación y aceptó el nuevo decreto, y aun prometió instituir sin demora á los veintisiete nuevos prelados. Sólo que quiso redactar la resolución en un lenguaje suyo propio, lenguaje romano, que tenía por objeto, no salvar el principio de la institución canónica, el solo que estaba aquí en peligro, sino guardarse de los grandes y nobles principios de Bousset, que constituyen á pesar de todo el lustre y la dignidad de la Iglesia francesa, sin atentar á la autoridad de la Iglesia universal de ningún modo.

Conseguidos estos resultados, los prelados y los cardenales partieron de Savona, dejando al papa más tranquilo y dispuesto á una reconciliación con el emperador. Se lisonjearon de que al llegar á París obtendrían, en cambio de las concesiones de que eran portadores, una suerte menos dura para el pontífice y más digna para la Iglesia.

A Napoleón se envió la noticia de lo acontecido en Savona durante su viaje á Holanda, y la gran cuestión de la Iglesia era una de aquellas acerca de las cuales tenía que resolver sobre la marcha. Cosa singular: la querella con el sumo pontífice le cansaba y hastiaba casi tanto como la guerra de España. En una y otra hallaba esta tenacidad de la naturaleza de las cosas, contra la cual son impotentes las estocadas, y contra la cual son únicamente eficaces la verdad y el tiempo, esto es, la razón y la constancia; y tanto como le complacía aquello á que se podía dar un corte, le desagradaba lo que sólo cabía terminar con un desenlace. Por otra parte creía haber hallado el medio de reunir todas estas cuestiones arduas, molestas, resistentes, que á la sazón le importunaban, en una sola, y que la podía cortar con un golpe de su terrible acero, agobiando á Rusia en la próxima guerra. Según su manera de ver las cosas, vencedor en esta última lucha, triunfaría de todas las resistencias, así materiales como morales, que aún le opusiera el mundo; triunfaría de las resistencias interesadas del comercio, de las resistencias patrióticas de los españoles, de las resistencias marítimas de los ingleses, de las resistencias religiosas del clero, y, por decirlo así, de las resistencias del mismo espíritu humano. Así anhelaba que le dejaran en sosiego, no molestándole con estos mil negocios que no eran el magno, es decir, la guerra de Rusia, única que ocupaba su mente; y cuando á mitad de su vuelta por Holanda le llegaron á llamar la atención los despachos del ministro de Cultos sobre una nueva fase de la cuestión religiosa, dióse por singularmente contrariado, y respondió más bien con un grito de impaciencia que con una solución al asunto.

Le agradó la aceptación del decreto del concilio, bien que no dándole tanto valor como cuando los obispos estaban congregados y se mostraban bulliciosos. En julio hubiera sido un triunfo; ahora no lo tenía más

que por una ventaja algo atenuada como la impresión producida por los sucesos del concilio. Más que nada le satisfizo la promesa de instituir á los veintisiete nuevos prelados, pues así se restablecería el curso interrumpido de la administración de la Iglesia. Pero el breve que acompañaba y motivaba estas concesiones le disgustó mucho, porque estaba en oposición con las doctrinas de Bossuet; y Napoleón, que no amaba la libertad allí donde podía dominar, amábala por el contrario donde no dominaba, lo cual acontecía en el seno de la Iglesia; de consiguiente figuraba como ardiente discípulo de Bossuet, discípulo que sin duda halagara tanto como espantara al ilustre legislador de la Iglesia francesa. Así Napoleón resolvió establecer una división en lo que le llevaban de Savona, admitiendo con la parte positiva del breve pontificio y rechazando la considerativa. Prescribió, pues, que se presentara al consejo de Estado el decreto del concilio aprobado por el papa, á fin de que este decreto se registrara en el Boletín de las leyes. Respecto del breve, que contenía doctrinas ultramontanas, Napoleón dispuso que se pasara á una comisión del consejo de Estado, á fin de que examinara lentamente, muy lentamente, la conformidad de este breve con las doctrinas galicanas, y tuviera las cosas en suspenso hasta la ocasión oportuna.

En cuanto á la promoción de los veintisiete nuevos prelados, ordenó Napoleón que se enviaran inmediatamente á Savona los documentos relativos á cada uno de ellos, para que la institución canónica fuese solicitada y obtenida sin tardanza. Por último, apremiado á reducir á la nada todo este negocio, encargó al duque de Rovigo que hiciera partir de París á los prelados que allí habían permanecido en espera de la resolución del papa. Efectivamente, no se habían quedado allí sino para ver si después de esta resolución se necesitaba de su ayuda. Hallándose Napoleón satisfecho, su papel estaba concluido, y aproximándose el invierno y exigiendo la edad de la mayor parte de ellos que se pusiesen en camino, antes de que la mala estación avanzase, era natural y nada ofensivo que se les despediera. El duque de Rovigo poseía los necesarios medios de autoridad y aun de dulzura para activar la marcha de todos, y además sabía mezclar bastante hombría de bien al terror que inspiraba, para desempeñar su cargo á toda la satisfacción de su soberano y de aquellos á quienes trataba de alejar. Napoleón le dió la orden para ello, no queriendo entrar en París y hallar lo que llamaba una *convención de devotos*.

Adoptadas estas resoluciones, siguió Napoleón su viaje, terminó la inspección de las tropas y del material que se encaminaba del Rhin al Elba, y luego retornó á París á principios de noviembre. Allí le aguardaban otras series de grandes negocios. Prusia y Suecia habían respondido á sus imperiosas intimaciones. Debiendo optar Prusia entre suspender sus armamentos ó ver marchar de seguida al mariscal Davout sobre Berlín se había sometido. Además la palabra solemne empeñada por Napoleón había tranquilizado al rey de Prusia, y este príncipe había pedido únicamente que se procediera desde luego á la discusión del tratado de alianza, que debía garantizarle sus actuales Estados y mayor engrandecimiento cuando la paz se concluyese. Napoleón consintió en que esta negociación se entablase,

pero ordenando que se la diera largas, para que Rusia, al creer la guerra inevitable, no creyese que estuviera tan cercana.

La orden expedida á Mr. Alquier para trasladarse á Copenhague había aterrado al príncipe real de Suecia, que no era arrogante más que aparentemente, y dióse á propalar que, acostumbrado Mr. Alquier á indisponer á su gobierno con todos los gabinetes donde residía, había desfigurado las escenas que habían pasado. No era así de manera alguna, y Mr. Alquier había dicho la verdad estricta. Pero este nuevo sueco, tan enamorado de su nueva patria y que había exigido que se transmitiera todo á Napoleón, hallábase ahora muy embarazado por lo que había dicho, pues por una imprudencia, y no por previsión, observaba tan mala conducta respecto de su país nativo. No queriendo el monarca todavía reinante que echase más á perder las relaciones con Francia, volvió á encargarse de la dirección de los negocios; pero quedando algo más recóndito el odio del príncipe imperial, vino á ser aún más peligroso. Desde este momento dió principio á sordas intrigas para que se aviniesen Inglaterra y Rusia, y obligado á explicarse con los que le habían nombrado por inclinación á Francia, salió del apuro diciendo que la desavenencia que se deploraba y deploraba él mismo, provenía de una desgracia particular de su vida, desgracia que se veía

obligado á confesar, y era haber inspirado á Napoleón ardientes celos.

Ya se comprende con cuánto desdén acogería Napoleón tales fanfarronadas: recomendó de nuevo una abstención absoluta de relaciones con el príncipe real y la continuación moderada, si bien inflexible, de las reclamaciones de Francia sobre el contrabando y la efusión de sangre de los marineros franceses.

Vuelto á París, ordenó Napoleón á sus ministros que investigaran con esmero los asuntos administrativos, de cualquiera índole que fuesen, que pudieran exigir una solución, á fin de no dejar ninguno atrasado cuando por la primavera marchara á Rusia, y se puso á despacharlos todos sin cesar de dedicar á sus aprestos militares la atención más asidua. Efectivamente su organización vigorosa podía atender tanto á lo uno como á lo otro. Desgraciadamente, por grande y prepotente que sea el genio de un hombre, hay algo que le supera, el universo que se le escapa, cuando lo quiere abarcar todo entero. Antes de seguir á Napoleón hacia el abismo donde se iba á empeñar muy pronto, conviene bosquejar los últimos sucesos que acababan de pasar en España, y cuya importancia dista mucho de ser escasa, tanto por los mismos sucesos como por su relación con el conjunto de los negocios. Esta relación será objeto del libro siguiente.

LIBRO CUADRAGÉSIMO SEGUNDO

TARRAGONA

Continuación de los sucesos de la península. — Regreso de José á Madrid y condiciones con las cuales regresa. — Estado de España; fatiga de los ánimos y posibilidad de someterlos, concediendo á José algunos socorros pecuniarios y enviándole nuevas fuerzas. — Situación crítica de Badajoz después de la batalla de la Albuera. — Prisa del mariscal Marmont, sucesor de Massena, en correr al socorro de esta plaza. — Marcha de este mariscal, su unión al mariscal Soult y salvación de Badajoz después de una vigorosa resistencia por parte de la guarnición. — Reunión de estos dos mariscales, seguida de su separación casi inmediata. — Se dirige el mariscal Soult á reprimir á las bandas *insurgentes* de Andalucía y el mariscal Marmont viene á establecerse junto al Tajo, de manera de acudir en socorro de Ciudad Rodrigo ó Badajoz según las circunstancias. — Después de fracasar lord Wellington en su empresa delante de Badajoz, se ve obligado por las enfermedades á tomar cuarteles de verano, si bien se dispone á atacar á Badajoz ó á Ciudad Rodrigo al primer falso movimiento de los ejércitos franceses. — Operaciones en Aragón y Cataluña. — Encargado el general Suchet del mando de la baja Cataluña y de parte de las fuerzas de esta provincia, se traslada delante de Tarragona. — Memorable sitio y toma de esta importante plaza. — Es elevado el general Suchet á mariscal. — Recuperación de Figueras ocupada un momento por los españoles. — Habiendo hecho lord Wellington sus aprestos para sitiar á Ciudad Rodrigo y aproximándose á esta plaza, abandona el mariscal Marmont las orillas del Tajo en septiembre, y reunido al general Dorsenne, que había reemplazado al mariscal Bessieres en Castilla, marcha sobre Ciudad Rodrigo y consigue avituallarla de nuevo. — Extremado peligro del ejército inglés. — Más unidos los dos caudillos franceses le hubieran hecho sufrir una gran derrota. — Pacífico fin del verano en España y resolución tomada por Napoleón de señorear á Valencia antes del invierno. — Partida del mariscal Suchet el 15 de septiembre y su marcha por medio del reino de Valencia. — Resistencia de Murviedro y vanos esfuerzos para tomar esta fortaleza por asalto. — Queriendo el general Blake salvar á Murviedro, llega á presentar batalla á los franceses. — Victoria de Murviedro ganada el 25 de octubre de 1811. — Rendición de Murviedro. — Aunque victorioso el mariscal Suchet, no tiene fuerzas suficientes para tomar á Valencia y pide refuerzos. — Napoleón hace convergir hacia él todas las tropas disponibles en España á las órdenes de los generales Caffarelli, Reille y Montbrún. — Embestida y toma de Valencia el 9 de enero de 1812 con el socorro de dos divisiones llevadas por el general Reille. — Inutilidad del movimiento prescrito al general Montbrún y correría de éste hasta Alicante. — Aprovechándose lord Wellington de la concentración en torno de Valencia de todas las fuerzas disponibles de los franceses, se apresura á embestir á Ciudad Rodrigo. — Toma esta plaza el 19 de enero de 1812 antes de que el mariscal Marmont haya podido socorrerla. — Injustos cargos dirigidos al mariscal Marmont. — A la sazón Napoleón, en vez de enviar nuevas tropas á España, retira de allí su guardia, los polacos, la mitad de los dragones y cierto número de cuartos batallones. — Dispone que el mariscal Marmont se traslade del Tajo al Duero, encargándole exclusivamente defender el Norte de la península contra los ingleses. — Aprovechándose lord Wellington de estas circunstancias, corre á Badajoz y toma esta plaza por asalto el 7 de abril de 1812, á pesar de una conducta heroica por parte de la guarnición. — Con Ciudad Rodrigo y Badajoz caen los dos baluartes de la frontera de España contra los ingleses. — Preparándose Napoleón á partir para Rusia, nombra al cabo á José general en jefe de todos los ejércitos de la península, dejándole fuerzas insuficientes y dispersas. — Resumen de los sucesos de España durante los años de 1810 y 1811 y los primeros meses de 1812.

Esta es la ocasión de exponer lo acaecido en España, después de la batalla indecisa de Fuentes de Oñoro y de la batalla perdida de la Albuera, dada una y otra en el mes de mayo de 1811.

El ejército de Portugal, á quien se había quitado el único jefe capaz de guiarle, el ilustre Massena, se hallaba desparramado, en un estado de miseria, de descontento y de desorganización difícil de describir, en los alrededores de la ciudad de Salamanca.

Como administrador muy solícito é inteligente se aplicó el mariscal Marmont desde su llegada á dedicarle todo su esmero; mas la evacuación de Portugal, la imposibilidad aparente de expulsar á los ingleses de la Península, aumentaba la confianza y la osadía de los *insurgentes*, hacían más indóciles á las provincias del Norte, y agravaban así las escaseces de nuestras tropas no menos que las de los habitantes. Un accidente reciente acababa por desgracia de dar bulto á semejante estado de cosas.

Con fecha 25 de mayo, el célebre Mina, sucesor de su sobrino que estaba encerrado en Vincennes, habien-

do conseguido formar una banda de tres mil hombres, que tenía el arte de trasladar alternativamente de Navarra á las Provincias Vascongadas y de las Provincias Vascongadas á Navarra, asaltó un convoy compuesto de unos mil prisioneros españoles y de unos cien carros de trigo franceses. Este convoy regresaba á Francia bajo la custodia de cuatrocientos fusileros de la joven guardia, y de ciento cincuenta hombres, entre sargentos y soldados, que formaban los cuadros del 28 de ligeros y del 65 de línea. Ya el coronel Dentzel, jefe de la escolta, había representado al general Caffarelli sobre lo insuficiente de ella; pero éste no hizo caso de sus observaciones, y el convoy partió de Vitoria con dirección á Bayona.

Mina, siempre exactamente informado, se había escondido en los bosques, á derecha é izquierda del camino de Tolosa, y cuando la columna de prisioneros y de heridos, ocupando más de una legua, había trepado la montaña que se alza á la salida de Vitoria y estaba empeñada en el desfiladero de Salinas, cayó sobre ella como un bultre, empleóse primero en soltar á los pri-